

RESEÑA DEL LIBRO
DE JUAN ANTONIO RIVERA
MENOS UTOPIA Y MÁS LIBERTAD (2005)

JOAN FONT I ROSSELLÓ*

Datos de la obra reseñada:

Título: «Menos utopía y más libertad»

Autor: Juan Antonio Rivera

Editorial: Tusquets-Ensayo, Barcelona 2005

Número de páginas: 418

INTRODUCCIÓN

«La eliminación de desigualdades económicas ofensivas es importante (de hecho, lo es tanto que para este liberal que les escribe tiene sentido sacrificar en su obsequio algo de nuestra libertad), pero nunca lo suficiente como para eclipsar el predominio de las libertades». Estas palabras sitúan las coordenadas en torno a las cuales Juan Antonio Rivera va desgranando un sinfín de razones en las que demuestra la superioridad ética (no sólo práctica) del liberalismo sobre las demás teorías políticas al uso.

Juan Antonio Rivera ha escrito un gran libro, inusual por estos pagos. Si en la primera parte explica las bondades del liberalismo destrozando las místicas de los enemigos de la sociedad abierta, en la segunda parte el autor se molesta en analizar desde la óptica demo-

(*) Joan Font i Rosselló (jfont.diputats@parlamentib.es) es Profesor Titular de la Universidad de las Islas Baleares y diputado autonómico en el Parlament de les Illes Balears por el Partido Popular. Recientemente ha publicado el libro *Artisanos de la culpa. Los intelectuales y las buenas intenciones* (Ed. Coc33 Serveis editorials, Palma de Mallorca).

liberal las teorías políticas de moda que se le oponen y que configuran el abanico ideológico de donde se nutre el discurso políticamente correcto que nos invade a día de hoy. Es decir, un compendio de nacionalismo, de multiculturalismo, de comunitarismo y de republicanismo. Ya al final del ensayo, Rivera compara el liberalismo «igualitario» y «solidario» que propugna sin demasiado entusiasmo frente a las diferentes corrientes partidarias del Estado mínimo de Nozick hasta llegar al anarcoliberalismo de Rothbard. Sin duda, se trata de un estudio teórico muy brillante donde el autor se brinda a explicarnos los porqués de la superioridad (tanto deontológica como consecuencialista, como gusta en llamar) del liberalismo frente a los nostálgicos que sueñan con la arcadia feliz en cualquiera de sus versiones.

Aunque Rivera rehuya del liberalismo «radical» o «egoísta», aderezándolo de suficientes dosis socialistas (es decir, coactivas con la libertad) como para transformarlo en una especie de liberalismo edulcorado de tintes rawlsianos al que él se refiere como liberalismo «igualitario», «solidario» o «fraternalista», lo cierto es que son tantas las advertencias que pone a los aditivos con los que pretende hacer comestible al liberalismo que al final estos mismos aditivos se vuelven en contra de la pretensión inicial del autor. En efecto, los aditivos socialistas con los que Rivera adereza el suelo liberal del que parte sirven al lector para todo lo contrario, esto es, para advertirle de las mentiras que ocultan y los peligros que acechan las buenas intenciones izquierdistas. Así, el autor nos advierte que detrás de las políticas redistributivas están los buscadores de renta, que detrás del igualitarismo reside la insaciabilidad permanente e ilimitada de los igualitaristas, que detrás de las utopías sociales no viene la felicidad y el bienestar sino el totalitarismo entendido como el control total de la persona en cualquiera de sus facetas. Incluso nos avisa de la propia indefinición de la idea igualatarista, por cuanto los propios igualitaristas no saben exactamente qué igualar y hasta dónde. Como decíamos, al final, no sólo no terminamos aceptando este tipo de aditivos «sociales», que es al parecer la intención del autor, sino que terminamos desconfiando todavía más si cabe de ellos.

Lejos de la labor confusionista de tanto gurú consagrado que en vez de pensar la realidad la acomoda a sus equivocadas creencias, el autor repiensa la realidad actual desde una perspectiva liberal, dando las claves del porqué del malestar en nuestras sociedades occidentales, abiertas y democráticas. Malestar que se explica por la nula comprensión del liberalismo que tienen los mismos que a todas horas

echan la culpa al «liberalismo salvaje» o al «neoliberalismo» de las deficiencias del sistema, como si la alternativa nacionalista, socialista, comunitarista o multiculturalista (superpuesta siempre al inevitable suelo liberal de los sistemas democráticos occidentales) a tales deficiencias no hubieran, no sólo empeorado el sistema, sino terminado gripándolo por completo.

LA DEMOGRAFÍA COMO EL PEOR ENEMIGO DE LA IZQUIERDA

Después de un exhaustivo estudio antropológico de las instituciones políticas y sociales de la historia de la humanidad, pasando de la familia a las bandas, de las bandas a la tribu, de la tribu a la jefatura, de la jefatura a las democracias, el autor profundiza en la distinción conceptual entre democracia liberal y demás teorías políticas que se le oponen en el debate político actual. Y concluye sentenciando que la democracia liberal es la única posible y realista en un orden social extenso como el existente en Occidente. O en otras palabras, la demografía es la peor enemiga del altruismo y de la fraternidad propia de las pequeñas comunidades, sentimientos que subyacen al anhelo a la «comunidad perdida» soñada por tantos filósofos nostálgicos y demás enemigos de la sociedad abierta.

En efecto, Rivera explica con maestría las distinciones que diferencian a la sociedad abierta de la sociedad cerrada: mercado versus solidaridad, nomocracia versus teleocracia, moral fría versus moral cálida, subproducto colectivo de una evolución versus producto del racionalismo constructivista. Expliquemos resumidamente qué nos dice el autor sobre estos conceptos duales, conceptos a su vez entrelazados.

Una de las claves de la superioridad del mercado frente al altruismo a la hora de regular una sociedad abierta es un factor de escala: el tránsito de una microsociedad formada por la familia o la tribu hacia la sociedad «abstracta» que definiera Karl Popper. Si bien la moral cálida basada en la solidaridad y altruismo se ha conservado en nuestros círculos de allegados (familiares, amigos, incluso en asociaciones de vecinos, cofradías, clubes, etc.) como una reminiscencia de nuestros antepasados, es evidente que conforme vamos ultrapassando el umbral del círculo de familiares y allegados nuestra disposición a atender altruista y solidariamente a desconocidos va decreciendo en la misma medida. De ahí que, en condiciones de civilización,

el altruismo no sea suficiente. Su lugar lo ocupa el mercado. «En órdenes sociales extensos es la búsqueda de beneficios, y no la solidaridad, el principal acicate que nos convida a atender impremeditadamente los gustos y carencias de los demás», apunta Rivera. Conviene subrayar la palabra «impremeditadamente», es decir, sin ninguna intención o sin premeditación alguna. En esto consiste precisamente el mercado a la hora de poner de acuerdo los intereses y necesidades más remotas y distantes. Los precios son el mecanismo que indirectamente proporcionan información a unos y a otros para que, persiguiendo cada cual sus propios y legítimos intereses, se pongan finalmente de acuerdo sin necesidad de que el otro le caiga a uno simpático, o sin que el Estado regule «racionalmente» las necesidades objetivas y precios justos de compradores y vendedores. El mercado por tanto permite que desconocidos cooperen pacíficamente, trascendiendo el altruismo de las microsociedades. Ahora bien, en órdenes sociales extensos como los occidentales, tampoco el mercado funcionaría correctamente sin unas instituciones políticas y jurídicas que protegiesen el fraude y la exacción: un mercado sin normas no puede funcionar correctamente. En efecto, a medida que el círculo donde tiene lugar la transacción se va ampliando, los costes de transacción van creciendo ya que la limpieza de las transacciones es más difícil de asegurar. Es ahí donde interviene el Estado en la primera y principal de sus funciones: la función protectora.

Todo ello tiene su traducción inmediata en el ámbito de las emociones que impulsan a modo de *leitmotiv* las acciones y comportamientos de los seres humanos. Así, el *respeto* es el sentimiento moral por antonomasia de una sociedad liberal, propio de lo que Rivera llama «moral fría». El *amor*, por el contrario, lo es de lo que Rivera llama, por contraposición, «moral cálida», sentimiento predominante en círculos muy reducidos como la familia, los amigos o la tribu.

Otra distinción que Rivera clarifica con precisión es la dicotomía entre las nomocracias de las sociedades liberales y las teleocracias de las sociedades totalitarias. En efecto, los regímenes demoliberales únicamente anhelan construir un marco político-jurídico en el que cada individuo-ciudadano pueda satisfacer sus fines e intereses personales, únicamente sujeto a unas normas de carácter abstracto (no concreto) y universal que se llegan a aceptar tácitamente gracias a la costumbre. Un régimen liberal no persigue por tanto proyectos colectivos ni en puridad fines sociales concretos, como sí los persiguen el comunismo, los fascismos, los nacionalismos o el ecologismo. Estos

fines sociales y colectivos que «buscan mejorar la sociedad» son lo que Rivera denomina como «aditivos» que, por definición, siempre terminan atentando contra las libertades y derechos individuales de las personas, sujetos al poder coactivo del Estado que, en los sistemas demoliberales, monopoliza la fuerza y por consiguiente también los mecanismos de coacción. Por ello ya Hayek decía que las sociedades occidentales son «nomocracias». El peligro, que ya anticipara Benjamin Constant al comparar la libertad de los antiguos con la libertad de los modernos, es la preferencia de los modernos a retirarse de la vida pública para refugiarse en los fines e intereses estrictamente particulares de la vida privada, desvertebrando así la «sociedad civil», haciendo dejación al no participar en la política, dejando la vida pública en manos de las partitocracias, los políticos profesionales y los grupos de interés.

En cambio, las sociedades regidas por el socialismo o el nacionalismo sí persiguen proyectos colectivos concretos, como son por ejemplo la implantación de una mayor justicia social o de salvar un idioma minoritario. Es decir, proporcionan «aditivos» que hacen más «tragable» el liberalismo inherente a las democracias. De ahí que reciban el nombre de «teleocracias», es decir, con un «telos» (fin último) a conseguir en última instancia. Detrás de las teleocracias subyace un paternalismo que pretende, como apunta con acierto Rivera, establecer «en nombre de todos qué es el bien común, y está, a partir de ahí, facultada para imponer a cada miembro del grupo su concepción clarividente, en la persuasión de que es benéfico para ellos —lo sepan o no, lo reconozcan o no— verse de este modo sometidos y forzados a querer lo que de hecho no quieren, pero querrían si no fueran tan míopes o ignorantes». Considerar a aquellos ciudadanos que son reacios a asumir los planteamientos de mejora social como menores de edad retrata a los teleócratas, cuyos ojos miran siempre al Estado, el instrumento al que encomiendan la consecución de sus fines sociales, convencidos de que espontáneamente la sociedad nunca los va alcanzar por sí misma. De ahí que los revolucionarios que trabajan para destruir la Civilización concilien la suspicacia propia de los conspiradores, puesto que se creen más listos que los demás al ver mucho más allá que el ciudadano común, y de los utopistas, con la Utopía feliz que nos espera al otro lado de la esquina después de haber adoptado las recetas pertinentes.

Otra idea que Rivera recoge de la tradición de la Escuela Austriaca de Economía es la noción de «subproducto colectivo» en contra-

posición a los típicos productos del racionalismo constructivista. El mercado, como los idiomas, el derecho (como señalaba F.A. Hayek en su ensayo «Derecho y ley») o la misma sociedad, son el resultado impersonal y gradual de un proceso evolutivo no encabezado ni pensado por nadie en particular, sino fraguado por miles de personas sin premeditación alguna a lo largo del tiempo. Nadie los ha buscado ni creado expresamente, todo lo contrario que los productos diseñados por la razón, o por la teoría que se ha venido en denominar como racionalismo constructivista, consistente en creer la falacia que «todo lo que tiene un orden y un sentido tiene por fuerza que haber sido diseñado y planificado por la razón humana». De ahí que los racionalistas «enragés», en su papel de arquitectos sociales, crean a pies juntillas que una sociedad nueva deba construirse sobre los escombros de la vieja, como si de una casa se tratara.

LOS BUSCADORES DE RENTA

Uno de los principales problemas que presentan las políticas redistributivas es la proliferación de los grupos de presión, lobbies, cárteles, minorías organizadas en torno al Estado, lo que James Buchanan ha denominado como «buscadores de renta» distinguiéndoles de los legítimos «buscadores de beneficios». Los buscadores de renta se percatan en seguida de que para maximizar sus ganancias es indispensable que una parte de sus esfuerzos vayan encaminados a buscar el favor, la prebenda o el privilegio de los políticos y jueces para así obtener ventaja respecto a sus competidores. El monopolio, el oligopolio o la alteración de la competencia son su corolario. Al final se termina planteando una lucha, no en el terreno del mercado entre leales competidores, sino en el terreno político, donde los intereses particulares se involucran con el objeto de adquirir ventajas sobre los demás. Estas costosas actividades, como son la propaganda, la intriga palaciega o el soborno de funcionarios, constituyen un derroche de los medios de producción que podrían haberse utilizado para producir más y mejores bienes y servicios, además de envilecer tanto la vida económica como política.

Los efectos de todo ello saltan a la vista. Recientemente Philippe Nemo ha puesto el dedo en la llaga sobre el déficit democrático que sufre nuestra vecina Francia desde que los socialistas franceses tomaron el poder en 1981. Desde entonces el Estado y la Administración

de la V República ha crecido de tal modo que en el país vecino se ha terminado por sustituir *de facto* la democracia (y con ello el «interés general» o «bien común» que dimana del electorado) por una doble oligarquía: la clase alta del funcionariado y los sindicatos. Esta es la conclusión a la que llega Nemo. El duopolio de funcionariado y sindicatos priva y aleja a la mayor parte de las clases medias de cualquier influencia sobre la clase política. Al mismo tiempo, se constata el desmesurado crecimiento del Estado francés desde la llegada de Mitterrand (se calcula que a día de hoy cerca de uno de cada tres franceses vive del sector público y más del 50% del PIB corresponde al Estado), un estado omnicompetente y omnipresente en la vida cotidiana de los franceses como nunca antes. En efecto, la asunción creciente de competencias y de funciones (no dejando nada al azar ni al mutuo entendimiento entre individuos) es el trasunto de una clase alta de funcionarios que termina influyendo decisivamente en la política francesa al estar «mal preparados para comprender la lógica y los valores del sector liberal de la economía» (Philippe Nemo). Además, la clase política está repleta de ellos, terminando los funcionarios ocupando físicamente el poder al preferir los propios partidos políticos de Francia echar mano de los altos funcionarios que contar con miembros del sector empresarial a la hora de elegir los candidatos y altos cargos políticos. Nemo observa un progresivo alejamiento de las clases medias francesas, las que sostienen económicamente al país, de una clase política instalada en el discurso políticamente correcto incapaz de resolver problemas tan cadentes como «la educación, la delincuencia, la inmigración, el sistema tributario y Europa».

Pero lo más novedoso del estudio de Nemo, y es ahí donde Rivera incide en su libro, se sitúa en el proceso mediante el cual se ha sustituido la democracia institucional por una *democracia extra institucional* a manos de los sindicatos, los lobbies de interés y las minorías activas y bien organizadas que no dudan en echar mano de todo tipo de amenazas, chantajes y violencias para conseguir sus objetivos. «En efecto, para hacerse *oír* no basta con hablar, ya que ahora, en el Estado legal, nadie o casi nadie escucha. Uno no se hace *oír* a menos que consiga aparecer en los medios de comunicación y, sobre todo, en la televisión» (Nemo). Se trata de salir en los medios de comunicación para *forzar la atención* y así presionar a las autoridades, temerosas de perder su «popularidad». Como este tipo de acciones siguen siendo bien vistas entre los franceses, entroncando con el clima de permisividad y laxismo heredado de la contracultura del 68, al final los políticos

terminan claudicando ante los actos mediáticos de estas minorías activas, lobbies y sindicatos, los cuales salen de la «pelea» con el poder no sólo vencedores al haber aceptado éste sus reivindicaciones, sino fortalecidos ante un nuevo éxito. Con tal de que se callen ante los medios, las autoridades hacen lo que sea para no perder «popularidad». Siempre, claro, a costa de la mayoría silenciosa francesa que es al final quien tiene que apechugar con el inevitable incremento del gasto público que aprueban sus autoridades para así satisfacer las reivindicaciones de las minorías activas que, una vez más, se imponen a la gran mayoría que sí respeta la legalidad. Por lo que el «interés general» o «bien común» que supuestamente debieran defender los políticos se convierte en papel mojado.

EL REVISIONISMO COMO EJE DE LA NUEVA IZQUIERDA RADICAL

Quizá uno de los aspectos que más sorprende de la nueva izquierda radical es el papel determinante que juega el revisionismo en su imaginario colectivo. Por revisionismo entendemos el afán de revisar la historia para «hacer justicia» de algún modo a los «agravios comparativos». Este recurso se ha utilizado hasta la saciedad (con buenos resultados, por cierto) por parte de nacionalistas, feministas y todo tipo de multiculturalistas. Otra cosa es que el sujeto pasivo de esta pretendida «justicia» no sean los que en verdad sufrieron opresión y humillación en primera persona, sino aquellos que de algún modo se identifican con aquellos y que se autosugestionan en ser sus legatarios. El revisionismo historicista con motivo de los «agravios comparativos» es insaciable, tanto para exigir discriminaciones positivas como para arrogarse «derechos históricos» que sólo existen en la imaginación de feministas o multiculturalistas. Como apunta el autor, «la codicia reivindicativa de esta clase no tiene fin y lo que se concede transitoriamente a título de resarcimiento por perjuicios pretéritos se conserva *sine die* como «derecho histórico» adquirido». Incluso en una vuelta de tuerca más allá, el ecologismo más radical, al haber dejado de ser antropocéntrico para convertirse en ecocéntrico, busca sus víctimas en los seres vivos (e incluso inertes) no humanos. Como explica Rivera, el revisionismo es una treta antidemocrática, puesto que no busca su legitimidad en el presente y en una mayoría de ciudadanos partidarios de sus tesis, sino en el pasado. Rivera, al explicar el nacionalismo

y el multiculturalismo como posturas enfrentadas al liberalismo, nos advierte de su carácter antidemocrático, llamándoles sin más reclamadores de «derechos especiales para colectivos», puesto que en el fondo no reconocen la igualdad de derechos y la igualdad de trato ante la ley que como individuos garantizan las sociedades demoliberales. Incluso Rivera es partidario de que en la Constitución del 78 se eliminen las referencias que favorecen al idioma español, al sexo masculino y a la religión católica, aunque sólo sea para quitar argumentos a todos los que reclaman «favoritismos de signo opuesto» como los nacionalistas periféricos, los feministas y los laicistas.

Completamente distintas deben tratarse, en opinión de nuestro autor, algunas de las desigualdades que provengan del azar natural, del azar social y del azar eventual como catástrofes naturales, por ejemplo. Siguiendo a Rawls, nuestro autor sí se muestra partidario de corregir estas desigualdades mediante prácticas de *discriminación inversa* que lógicamente suponen violar el principio de igualdad ante la ley mediante la pertinente demanda coactiva del Estado redistribuidor dirigida a aumentar la renta de los más favorecidos por el azar. Pero este es el inevitable *trade-off* en el que, mientras exista el Estado, habrá que situar incluso a las sociedades más liberales y menos intervenidas: los límites de la justicia social distributiva. En efecto, Rivera reconoce que «igualar estrictamente las oportunidades es irrealizable» y que incluso entre los igualitaristas más radicales tampoco se ponen de acuerdo sobre lo que hay que igualar. Por otra parte, hay que contar con la permanente insaciabilidad de los igualitaristas, que siempre exigen más recursos al Estado.

De ahí la necesidad de poner un límite a las políticas redistribuidoras. Además, como sabemos, uno de los problemas del *consecuencialismo* reside en la imposibilidad de conocer de antemano las consecuencias de la intervención de estatal. Es más, los efectos de este tipo de intervención son a menudo contraproducentes ya que en vez de beneficiar acaban perjudicando a la misma causa a la que en principio pretendían coadyuvar. Los efectos imprevisibles (o indeseables) dan a menudo al traste con las mejores de las intenciones. Rivera nos advierte del peligro que entrañan los bienintencionados que saltan a la palestra de la política: «(..) no es lícito ignorar por más tiempo que los cazadores de utopías sociales o de identidades colectivas se han convertido en enemigos ciertos del bienestar humano». Se trate de nacionalistas, comunistas, feministas o ecologistas el plan a ejecutar siempre guarda el mismo esquema. En primer lugar, revisionismo en

busca de los «agravios históricos» para concienciarnos sobre las injusticias ocurridas contra el colectivo oprimido y así reclamar justicia. En segundo lugar, la materialización de esta sed de justicia en acciones propias del racionalismo constructivista para construir el «porvenir» y la búsqueda fervorosa del «bien común» que nos llevará supuestamente a un estadio de felicidad colectiva en la que todos nos sentiremos hermanos, tras habernos restañado de todas las heridas pretéritas. En tercer lugar, el fin justifica los medios con el Estado como ejecutor.

El resultado no suele ser otro que el fracaso más estruendoso. Los efectos imprevisibles del experimento junto con la justificación de los instrumentos coactivos del Estado en aras a la mejora social y al «bien común» han hecho del siglo XX un siglo horrendo. El cóctel de buenas intenciones ha terminado a menudo en un cataclismo social, con la vulneración sistemática de los derechos fundamentales y generando nuevas injusticias.

EL MULTICULTURALISMO Y EL LENGUAJE POLÍTICAMENTE CORRECTO

La consejera de políticas sociales de Baleares ha aceptado recientemente una enmienda a la ley autonómica de la mujer a través de la cual «se evitará la invisibilidad de las mujeres por medio del lenguaje». Ello va a suponer la abolición en los libros de texto y en las prácticas docentes del plural genérico y de aquellos términos que, aunque tradicionalmente se habían estado refiriendo tanto a hombres como a mujeres indistintamente, no incluyen de forma suficientemente explícita a las mujeres. Se trata así de evitar la «invisibilidad» de las mujeres en el lenguaje. En vez de «ciudadanos», los libros de texto dirán «ciudadanos o ciudadanas» o en todo caso recurrirán a un término neutro como «ciudadanía». En vez de la «naturaleza del hombre» los libros que se acojan a la nueva ley de la mujer deberán decir «la naturaleza del ser humano».

Esta exquisitez eufemística forma parte del uso exagerado del eufemismo que viene haciendo el multiculturalismo, del que el feminismo es su ejemplo más palmario. El eufemismo, la elusión verbal de una realidad incómoda o desagradable, tiene como objetivo prohibir cualquier expresión que pueda resultar ofensiva al Otro, que pueda dañar la autoestima del Otro, un Otro al que los multiculturalistas

encuadran a la fuerza en alguna categoría étnica, social, racial, sexual o de orientación sexual. En efecto, el multiculturalismo consiste en encerrar a los individuos en categorías herméticas y estancas en base a su raza (blanco/negro), su sexo (hombre/mujer), su afinidad sexual (hetero/homosexual) o su «etnia» (catalán/castellano). Según el multiculturalismo, un individuo no es sino un epifenómeno de su sexo, de su clase social, de su raza o de su orientación sexual. Además de definir a cada individuo en función de su identidad (o múltiples identidades: hombre + burgués + blanco + castellano + heterosexual), el trasfondo del mensaje multiculturalista es un igualitarismo entre razas, culturas, sexos y orientaciones sexuales. Una raza es tan digna como otra: los zulúes han contribuido a la humanidad tanto como los europeos blancos. La mujer ha contribuido al progreso de la humanidad en la misma medida que el hombre. Y así sucesivamente. El reconocimiento radical al Otro (mujer, homosexual, negro, gordo, loco o feo) se expresa exteriormente a través de un lenguaje eufemístico, como si cambiar de expresión verbal cambiara por ensalmo la situación de injusticia que históricamente hayan podido padecer los colectivos «humillados y ofendidos» por la dominación de la civilización occidental, blanca y machista. Se trata por todos los medios de remediar y poner fin a la situación creada debido a los cánones aceptados por la cultura dominante.

Nadie «fracasa», sino que en todo caso «no consigue». No hay negros, sino «afroamericanos» o «personas de color». No hay enanos, sino «personas que no han llegado a gigantes». No hay «yonquis», sino «individuos que abusan de determinadas sustancias». No hay alcohólicos, sino «dependientes del alcohol». No hay calvos, sino «personas facialmente incompletas». No hay sordos, sino «personas que no pueden oír». No hay terroristas, sino «violentos». No hay tampoco ancianos, sino «personas cronológicamente dotadas». No hay borrachos, sino circunstancialmente «personas privadas de sobriedad». No hay ciegos, sino «personas privadas de visión». No hay gordos, sino «personas de imagen corporal alternativa». No hay presos, sino «clientes eventuales del sistema correccional». Tampoco hay enfermos, sino «personas con salud diferente». No existen los imbéciles, sino «personas recusadas cerebralmente». La muerte no existe: simplemente es una «inconveniencia terminal».

Esta empalagosa eufemística se puede encontrar en cualquiera de los diccionarios sobre corrección política que existen en el mercado. El lenguaje no es inocente: se empieza por los eufemismos y se

termina reescribiendo la historia. Como venimos señalando, la imposición de un determinado uso del lenguaje no es baladí. En el fondo de lo que se trata es de revisar radicalmente la historia, los criterios de selección de los libros de lectura de los alumnos, de los clásicos, de los artistas, etc. en base a prejuicios multiculturalistas. Formar una ideología. El multiculturalismo no es sino el trasunto del revisionismo, una pretensión de poner fin y de clamar venganza por las injusticias padecidas por las mujeres, los negros, los homosexuales o cualquier otra minoría sociocultural a manos del Hombre Blanco Occidental Heterosexual, la quintaesencia del Mal.

La corrección política y el multiculturalismo producen, sin embargo, demonios más letales que los que pretenden erradicar. En primer lugar, al encerrar a los individuos en identidades totalizadoras que les determinan por completo (raza, etnia, sexo, orientación sexual, clase) caemos en el esencialismo identitario, es decir, se está legitimando un trato político desigual de las distintas identidades. Al pretender combatir la exclusión, el movimiento políticamente correcto se afana, no en conferir a los individuos y grupos excluidos el derecho a ser reconocidos «*a pesar de*» sus diferencias (como haría cualquier movimiento político democrático de tinte igualitario), sino precisamente «*por*» sus diferencias. En efecto, los multiculturalistas hacen hincapié en las diferencias, no para superarlas o trascenderlas aspirando a lo común y a lo universal, sino en profundizarlas. No unir en lo universal, sino separar en lo particular.

En segundo lugar, el lenguaje políticamente correcto termina marcando los límites de la libertad de expresión, no sólo en el sentido de anatemizar el lenguaje al viejo estilo (te conviertes en racista si hablas de «negros», o en homófobo si te refieres a los «invertidos»), sino también en el sentido de que cualquier crítica objetiva a un grupo de «excluidos» (negros, mujeres u homosexuales) se toma como un brote racista, machista u homófobo. La aparente tolerancia hacia el «negro» es el mejor pretexto para ser intolerante con el «blanco».

En tercer lugar, la corrección política consiste en llevar al límite la pasión democrática de la igualdad universal. Cualquier superioridad es considerada social, es decir, injusta y debida a privilegios sociales, nunca de mérito o de talento. Por tanto, cualquier excelencia y jerarquía deben abolirse. Ninguna cultura es superior a otra. Son simplemente culturas «distintas». Incluso reprobar la conducta ajena es una bárbara muestra de intolerancia. El relativismo moral es otro trasunto de la corrección política.

En cuarto lugar, el máximo enemigo del multiculturalismo es el etnocentrismo occidental, el causante de todos los males de los «excluidos». Se puede revestir de antiamericanismo, si bien sus fuentes son las mismas: el odio hacia lo occidental. Los autodenominados intelectuales «comprometidos» han jugado siempre la baza del antioccidentalismo, desarmando ideológicamente a los ciudadanos occidentales, mirando hacia otro lado ante ataques de nuestros enemigos declarados, cegando moralmente a nuestra sociedad, socavando sus valores y principios que le han dado vida. El principal enemigo de la civilización occidental no está fuera, sino dentro.

En quinto lugar, la corrección política acaba invadiendo todo los resquicios sociales. El politicismo invade todo lo humano y lo divino, todo lo etiqueta, todo lo clasifica en base a sus prejuicios ideológicos. Ya no nos acercamos a Tolstoi o a Dickens de modo inocente, sino que lo hacemos en base a las creencias preconcebidas que nos han transmitido desde los centros de concienciación.

En sexto lugar, el multiculturalismo predica una tolerancia falsa, bajo la cual subyace el relativismo más absoluto. Se respeta todo porque nada tiene valor, porque no hay nada que admirar. Como ha señalado el francés Alain Finkielkraut, en nombre de la no discriminación, del reconocimiento a la diferencia, en realidad se pretende limar cualquier distinción y acabar con cualquier supremacía, excelencia o admiración por nuestros antepasados o por cualquier otro personaje digno de admirar. Caemos en la indiferenciación. No estamos hablando del ideal romántico entorno a la «estética de lo diverso» ni tampoco, como William Blake, de la «santidad de lo particular» contra las leyes generales, impersonales y universales de los sueños de la Razón y la Ilustración. «(...) No defienden la pluralidad contra la uniformidad, sino la igualdad frente a la trascendencia. No iluminan, sino aplanan. (...) La política del reconocimiento les permite recortar todo lo que sobresale. Su resentimiento prospera a la sombra de lo Otro y del homenaje que, día tras día, se le rinde. Nietzsche lo había entendido bien: «Parecen entusiastas pero lo que arde en ellos no es el corazón, es la venganza»», sentencia Finkielkraut.